

42 Feria de libro de Granada

El libro en la frontera

GUERRAS Y EXILIOS

Del 19 al 28
Abril 2024



Pregón 42 Feria del libro de Granada 2024

Rosa María Calaf

En esta preciosa mañana granadina, me siento feliz y agradecida entre todos ustedes. ¡Vaya privilegio el mío!: ser este año la pregonera de esta espléndida Feria del Libro de Granada.

Hace muchos años, un sabio desconocido y en un lugar americano, que no recuerdo, me dijo que si no esperas lo inesperado nunca sucederá. Bueno, que este aquí hoy es una buena prueba de ello ¿no?

Aquí estoy, en una Feria que gira en torno a la temática, nada menos, que de las fronteras – no he cruzado pocas-, del exilio – he conocido a tantos de sus protagonistas-, de las guerras – he visto en directo como se padecen –.

En una Feria que me pone como cometido reflexionar sobre la búsqueda de la paz- la he visto deseada y usado su nombre en vano - y relacionarla con el libro – a mí, apasionada lectora, que no escritora-.

Es cierto que, en mi recorrer 184 países de nuestro mundo, he tenido el privilegio de encontrarme con muchos que me han dejado entrar en sus vidas para contarlas, con unos que me han regalado su conocimiento para mi aprendizaje, con otros que hasta me han prestado el subrayado de sus libros de cabecera... Es probable que con esos mimbres suelen trabajar periodistas y

literatos. No obstante, no de igual manera ...a no olvidar nunca el deber hacia el lector de que ficción y no ficción no se confundan. Decía Gabriel García Márquez que “una gota de ficción invalida un océano de realidad”.

La verdad es, que me siento bastante intrusa en este foro de literatura porque yo soy periodista, más precisamente, reportera o, lo que es lo mismo, intermediaria de guardia entre situaciones y personas distintas y distantes, aunque, a menudo, sean más cercanas de lo que suponemos.

En fin...allá voy, suplicando su benevolencia.

Miremos por un momento hacia las fronteras. Esa artificialidad de unas líneas físicas inventadas, que dividen territorios, separan culturas, rompen familias. Esa construcción política creada a lo largo de la historia moviéndose al compás de las luchas de poder, de los recursos codiciados, de la intolerancia ante el diferente.

Miremos hacia los millones de seres humanos que se ven empujados a cruzarlas en una desesperada huida, hacia un forzoso exilio, tras la máxima renuncia a lo propio que significa la migración. Abandonando, en suma, la que fuera su vida para no perderla.

Vieron cómo se desmoronaba por la fuerza de la naturaleza: terremotos en Turquía y Siria, inundaciones en Libia, sequía en el cuerno de África. Vieron cómo les traían la guerra en Afganistán, en Etiopía, en Ucrania, en Gaza...

En las fronteras, sean las mentales, las sociales, las territoriales hay algo de violento y de arbitrario, siempre son excluyentes y generadoras de conflicto.

Contaba el astronauta Miguel López Alegría que desde el espacio no se ven las fronteras. “De todo lo bueno y de todo lo malo en la tierra, afirmaba, somos nosotros los causantes”.

En la Tierra y más allá, me permito añadir porque, ya se teme que en el espacio también se disputen pronto las potencias el reparto de su inmensidad como, en la actualidad, ya discuten por la soberanía de las regiones polares para destriparlas en busca de los minerales que ocultan y que el deshielo hace más accesibles.

El progreso creíamos que traería el fin de la resolución violenta de la discrepancia y los intereses contrapuestos, sin embargo, no ha sido así. Hemos sabido eliminar las distancias, pero, no las diferencias.

Cabe preguntarse el porqué de ese arraigo de la violencia que figura prácticamente en los relatos del inicio de todas las civilizaciones y si los seres humanos podrán disfrutar alguna vez de una civilización capaz de resolver pacíficamente sus controversias.

Preguntas sin una respuesta única y definitiva y que superan, obviamente, el ámbito de esta breve disertación.

Hay libros que proponen hasta doscientas maneras de buscar la paz. Lo preocupante, o lo que no podemos evitar, es que las paces solo las pueden hacer aquellos que pueden hacer las guerras, tal como señala una publicación de Seipaz.

Alcanzarlas es más difícil que nunca porque los conflictos ya no son bilaterales, no hay frentes definidos ni ejércitos diferenciados, aparecen actores diversos no estatales, el enemigo es menos visible, las razones más complejas, el

armamento sustancialmente distinto porque ya no únicamente se dispara y bombardea sino que se ejecutan atentados, se lanzan ciberoperaciones, se interviene en los mercados y la opinión pública se manipula valiéndose de la desinformación más eficazmente elaborada que nunca

Asimismo, tampoco es igual el escenario histórico. Ya no se trata de dos bloques confrontados como durante la guerra fría.

La violencia es dispersa y mutante como bien se vio en la guerra de siria y cada vez más países alcanzan el estatus de potencial desestabilizador mundial como muestra el caso de Yemen.

El que acorde con reprobables intereses económicos y geopolíticos alejados del bien común mundial haya conflictos de primera, como Ucrania o Gaza, y conflictos de segunda y conflictos olvidados como Sudan o el Congo y conflictos interminables como el Líbano refuerza la convicción de una estructural hipocresía internacional.

En el 2023, según la Fundación Por Causa, se alcanzó un nuevo récord de 114 millones de refugiados y desplazados bien por catástrofes bien por la violencia de las armas o por la violencia de la miseria.

Esos datos deberían plantear inquietudes. Por qué sucede todo esto, por qué no nos importa, dónde están las responsabilidades por el cambio climático, las malas construcciones, la falta de previsión y servicios cuando golpea la tragedia medioambiental. Quien empuja la codicia que teje la injusticia de la pobreza y la urdimbre de intereses tras los

conflictos - los antiguos que no acaban y los nuevos que se provocan-.

Y, la más dolorosa de las preguntas, ¿qué hay de nuestra propia responsabilidad?

Asimismo, por qué razón no celebramos el impacto del buen hacer de muchos ni tomamos como ejemplo el resultado positivo de la solidaridad con los vulnerables. Porque permitimos que se difumine el compromiso con los derechos humanos cuando su defensa debería ser prioritaria y jamás ir quedando rezagada.

El filósofo sociólogo greco-francés Cornelius Castoriadis concluyó que el gran mal de nuestra civilización es que no nos hacemos preguntas.

Estamos, pues, ante el eterno desafío de la paz que no es solo el silencio de las armas, sino que es, asimismo, el canto de la justicia, la equidad y la dignidad.

Estamos, pues, ante el eterno reto de crear una cultura de paz.

Tarea pendiente que requiere, según el Seminario de Investigación para la Paz, el compromiso constante de cada individuo y de la comunidad internacional y, por ende, de líderes políticos capaces de remar contra corriente.

Se requiere tesón, voluntad y valentía para confrontar las injusticias del pasado, humildad para reconocer las propias limitaciones, empatía para comprender las experiencias de los demás y generosidad para anteponer lo que nos une a lo que nos separa.

Colombia está inmersa en un proceso de paz, que se quiere estable y duradera y que se construye basada en el esfuerzo de todos, con mayor o menor éxito.

Ruanda acaba de conmemorar en calma, aunque bajo el peso aun de una difícil reconciliación, el trigésimo aniversario del último genocidio del s. XX en el que más de 800.000 tutsis y hutus moderados fueron masacrados.

Hay espacios pacíficos recuperados, sin duda. Pero, el enfrentamiento violento sigue presente en el mundo, que está lejos de ser un lugar de humanidad y cooperación.

No es lo mismo considerar que la guerra es el fracaso de la política que considerar que la guerra es la política por otros medios. Y, lamentablemente, esta última consideración es la que prevalece todavía.

Una cultura de paz no se hace sola y cambiar el paradigma no es sencillo. No obstante, no son pocos los que trabajan en ello, organizaciones, centros, especialistas en mediación que no se rinden ante el desánimo.

Es esencial desgranar los temas centrales a tener en cuenta. Seipaz pone a diversos expertos y expertas a investigar sobre las claves estratégicas de un mundo en transformación, la persistencia y agotamiento de las potencias, las nuevas tendencias armamentísticas, los ejércitos y las crisis humanitarias, la filosofía para hacer las paces, las migraciones y los derechos humanos, el papel de la sociedad civil y el valor del diálogo.

Donde hay pensamiento y hay palabra, hay humanidad.
Donde no, hay barbarie.

Donde no hay divulgación que traduzca las ideas, las teorías, las experiencias en praxis permanece la oscuridad.

Es clave hacer entender a la población que las soluciones no violentas son posibles, así como a los dirigentes y a los creadores de opinión, sea en analógico o en digital, y a los editores porque el libro tiene máxima importancia.

Instalando bibliotecas en comunidades rurales como en la aldea Conejo, al noroeste del país, o creando una red de bibliotecas móviles, Colombia, precisamente, empezó a caminar hacia la paz. Fue una contribución clave en la implementación de los acuerdos.

Mientras la guerrilla entregaba sus armas, se inauguraban locales para leer y vehículos cargados de libros recorrían los senderos.

“La lectura, explicaba Gloria Nupan, difusora del extraordinario valor del proyecto, puede llegar a proporcionar herramientas que faciliten la resolución de los conflictos”.

El libro se presenta, pues, como instrumento de reconciliación que tiende puentes, abre espacios de confianza, incluso para llegar al perdón. Y, no solo eso, las historias de resistencia y de superación pueden resultar inspiradoras para la búsqueda de una solución pacífica allí donde haga falta.

Las fuentes literarias pueden cumplir una función esencial en un entorno de confrontación al aportar perspectivas diversas y ayudar a comprender las razones subyacentes.

Aurora Díaz Plaja, durante la guerra civil española, se encargó de hacer llegar el bibliobús a las primeras líneas del frente.

Fomentar el entendimiento, la empatía, el diálogo entre personas y comunidades es lo que los libros pueden conseguir valiéndose de su capacidad de trascender fronteras físicas y mentales, de ayudar a que las ideas y las experiencias fluyan, rompan barreras y conecten a personas de diferentes culturas, lenguas y lugares.

Un puente de libros infantiles para la paz y la convivencia
ideo Jella Lepman, encargada de cuestiones educativas y culturales para la mujer y la infancia cuando regresó a Alemania, al término de la Segunda Guerra Mundial. En 1949, organizó una biblioteca itinerante que obtuvo un enorme éxito.

El lector, más alejado de la realidad, al acercarse con la fuente literaria a quienes sufren o sufrieron la migración, la guerra, la posguerra, el exilio sabrá más y, por tanto, entenderá mejor la situación y las aparentes diferencias. Derribara tópicos, estereotipos y prejuicios.

El extremismo es una tentación difícil de superar porque ancla tus certezas y borra la voluntad de cuestionarte y de revisar las propias convicciones.

Estoy llegando al final y no puedo terminar sin prestar atención a Hannah Arendt, la filósofa política del s XX, y a sus profundas reflexiones y hasta pautas sobre la búsqueda de la paz duradera, que nos ofrece desde diversas perspectivas en sus obras.

Enfatiza la importancia del perdón y la reconciliación. No como olvido ni justificación sino como reconocimiento y trascendencia del pasado que siempre hay que saber enfrentar.

Considera imperativa la participación política activa que pasa por la conversación, la negociación y la decisión colectiva ante las diferencias.

Así como, el respeto por la diversidad característica de la condición humana que ofrece pluralidad de opiniones, identidades, experiencias.

Y, exige, por último, la crítica severa a la naturaleza destructiva de la violencia y el totalitarismo cuyo uso, como medio para lograr objetivos políticos, socava toda posibilidad de entendimiento y perpetúa el ciclo de conflicto y sufrimiento.

Las tensiones por el poder, los intereses divergentes y, en definitiva, la falta de voluntad política para buscar soluciones pacíficas son los muros que obstaculizan una cultura de paz.

La raíz de la violencia en todas sus manifestaciones se halla en la dificultad para vivir positivamente la diferencia.

No es que triunfe la guerra, sino que fracasa la paz.

A Jorge Luis Borges le preguntaron en una entrevista por su pensamiento político. Fue gracias a mi maestra en la escuela, dijo. ¿Le adoctrino allí?, inquirió el entrevistador. No, puntualizó el escritor, me enseñó a leer.

Solo el saber nos hace libres. Leamos, leamos, leamos. Por favor.